EL BUEN SALVAJE Y LA EDAD MODERNA: HACKLUYT, MONTAIGNE Y PEDRO MÁRTIR

STELIO CRO
McMaster University

El propósito de este estudio es mostrar cómo las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir, los *Essais* de Montaigne y la obra *Voyages, Navigations, Traffiques, and Discoueries of the English Nation* (London, 1599) de Richard Hackluyt representan tres momentos distintos de la elaboración de dos mitos: el del buen salvaje y el de la leyenda negra durante el siglo XVI y cómo su elaboración y evolución revela el abandono paulatino de una visión medieval del mundo y la aparición de la conciencia moderna.

Después del *Diario* de Colón, las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir fueron el primer relato oficial y el primer relato sistemático del Nuevo Mundo, con muchas referencias que luego, en los relatos de los cronistas, y en las obras de poetas y polemistas posteriores, se conocerían como el buen salvaje y la leyenda negra, con sus defensores y detractores. En esta obra Pedro Mártir describe a las poblaciones nativas del Nuevo Mundo como víctimas de la crueldad y codicia de los conquistadores españoles. Debido a su fecha temprana (1503-30) y a la autoridad de su autor, nombrado cronista oficial por el Emperador Carlos V, las *Décadas* fueron la fuente principal de ambos mitos.

Mientras que el origen y desarrollo de la leyenda negra han sido estudiados desde el punto de vista histórico e ideológico, teniendo en cuenta la lucha política y religiosa de los siglos XVI y XVII entre España y sus enemigos tradicionales Francia e Inglaterra, nada se ha hecho, que yo sepa, para rastrear las razones de las diferencias de estructura y de estilo con que esos dos mitos figuran en estas tres obras clave del siglo XVI. Mi método, comparativo y textual, quiere demostrar que mientras el trabajo de cada autor está condicionado por su propia retórica y su propio estilo, cada uno ha concebido una estructura diferente: la

posición anti-humanista de Pedro Mártir[1] le hace dar la vuelta al mito de la edad de oro, el escepticismo de Montaigne acerca de la superioridad europea se evidencia con su alabanza de la civilización Inca en el Perú, el protestantismo de Hackluyt y su adherencia al rol de intelectual al servicio de su príncipe, le dicta la defensa del pirata Drake.

Desde el punto de vista estructural observamos tres soluciones distintas: una estructura lineal en Pedro Mártir:

Nativos americanos		Europeos
inocencia	----	codicia
edad de oro	----	edad de hierro

Aceptación del imperialismo.

Una estructura dual en Montaigne:

Nativos superiores	----	Europeos inferiores
Nueva civilización	----	Civilización clásica
superior	----	inferior

Rechazo del nacionalismo y del imperialismo.

Una estructura tridimensional en Hackluyt:

Nativos primitivos	----	Europeos ingleses
Bárbaros=Germanos	----	Españoles=Romanos
Mártires cristianos	----	Españoles=Papistas

Aceptación del nacionalismo y del imperialismo.

En este esquema tenemos tres modelos, que podríamos llamar, respectivamente, módulo unitario, módulo binario y módulo trinario. Como veremos, la eficacia divulgativa, y por ende propagandística del módulo, depende de su complejidad.

El primer módulo representa una estructura lineal, es decir, los elementos integrantes no son interdependientes, son parejas de conceptos o valores que se pueden expresar y percibir aisladamente. Pedro Mártir cree que los nativos son

1. *Cf.* S. Cro, «El primer documento de la polémica americana: la nueva ciencia y la vieja escuela», *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana (1492-1682)* (Troy, Mich.: International Book Publishers/Madrid, FUE, 1983), pp. 25-30.

inocentes en general y que viven en la edad de oro y, por el contrario, que los europeos son codiciosos y crueles y viven en la edad del hierro. Son conceptos comunes a todo el humanismo italiano durante el cual la *plenitudi temporum* señaló esa nostalgia de la edad dorada que se creyó inminente con el renacimiento de los estudios clásicos. La novedad de Pedro Mártir, y aquí estriba su originalidad, es que la edad dorada se identifica con la cultura más primitiva, a saber, la de los nativos americanos. De manera que aquí no hay oposición, ni distinción entre los pueblos europeos. Al hablar de los españoles Pedro Mártir no los distingue de los otros «cristianos» europeos, porque el humanista milanés no percibe diferencias entre unos y otros. La oposición es entre Europa y América, una oposición que en las intenciones de Pedro Mártir quiere servir de lección moral cristiana, de admonición, no diferente de la predicación dominical. La actitud universal cristiana de Pedro Mártir responde aún al criterio medieval ecuménico. Pedro Mártir escribe antes de la reforma luterana, por lo tanto su obra es un termómetro infalible del pulso espiritual y moral de la Europa de principios del siglo XVI, cuando aún no se ha planteado la cuestión de la supremacía papal o protestante, que va a desgarrar con guerras sangrientas el continente europeo durante más de cien años y a establecer definitivamente esa división de la conciencia cristiana con que se sigila el destino de la modernidad.

En el módulo trinario de Hackluyt se percibe la distinción neta entre ingleses y españoles. Los primeros serían los europeos civilizados y tolerantes, los segundos, que renuevan las crueldades de los romanos contra los mártires cristianos, son papistas fanáticos, que han torturado y quemado a los indios y hacen lo mismo con los protestantes. Aquí la leyenda negra se colora de propaganda religiosa y política, pero cada pareja de conceptos o valores es dependiente de la anterior. Sin el concepto de la oposición entre nativos y europeos ingleses no se dará la comparación entre los dos europeos que han entrado en contacto con los nativos americanos: los españoles y los ingleses. Una vez establecida esta contraposición Hackluyt puede construir su segunda pareja de conceptos, es decir, la ecuación de los bárbaros americanos con los germanos de la antigüedad clásica, que a su vez determina la nueva ecuación de españoles y romanos, que finalmente requiere la ecuación conclusiva de nativos y mártires cristianos, por un lado, y de españoles y papistas, por el otro, es decir, de los españoles como intolerantes, fanáticos, que pondrán a hierro y fuego a todo protestante. Muy significativo es el hecho que la inclusión del material anti-hispánico en la obra se da en la segunda edición de la misma, la de 1600.

En Pedro Mártir por primera vez la leyenda de la edad de oro se considera actual, pero, contrariamente a la tradición humanista, el autor la ubica en el Nuevo Mundo y declara que los indios son más felices que los itálicos que Virgilio hace encontrar a Eneas. Al describir el estado de los nativos americanos Pedro Mártir se refiere a los itálicos encontrados por Eneas. En los comienzos de la obra Pedro Mártir refiere el carácter ideal, podríamos decir utópico de la

empresa de Colón (Pedro Mártir 1964, I, 110). Al comparar a los indios con los itálicos hallados en el Lacio por Eneas, Pedro Mártir concluye que los «isleños de la Española son más felices» porque «viven desnudos, sin pesas, sin medidas y, sobre todo, sin el mortífero dinero en una verdadera edad de oro, sin jueces calumniosos y sin libros» (Pedro Mártir 1964, I, 121). Lo importante de este pasaje es que el estado feliz de los indios se concibe como opuesto al infeliz de los europeos, porque las cosas que a *ellos les faltan, y que los harían infelices* de tenerlas, son precisamente los objetos típicos de la civilización europea: pesas, medidas, el «mortífero dinero», «jueces calumniosos», libros y la preocupación por el incierto porvenir. Una de las características que Pedro Mártir pone de relieve es que los nativos no conocen la propiedad privada, ni siquiera las palabras «tuyo» y «mío», «semillero de todos los males» (Pedro Mártir 1964, I, 141-142).

El mito de la edad de oro, mito clásico por excelencia, aparece aquí con una perspectiva de presente a futuro, mientras que en los escritores clásicos se refiere siempre a un pasado lejano, como en Hesíodo u Ovidio. Hasta en un escritor medieval como Dante la referencia al mito se asocia con la antigüedad clásica y con el texto de la Sagrada Escritura.[2] Esta inversión de la perspectiva según la cual el mito clásico adquiere vigencia para el presente, como el de las amazonas en Ovidio, o se desecha, como sucede a menudo en Pedro Mártir, es un rasgo distintivo de la historiografía indiana y un elemento que la distingue de la historiografía humanística.

Estos y otros ejemplos de las *Décadas* nos muestran que, a pesar de su percepción de la novedad del Nuevo Mundo con respecto a Europa, Pedro Mártir, por lo que se refiere a la definición del hombre nuevo, se coloca desde una perspectiva unitaria y medieval porque, a diferencia de su contemporáneo Maquiavelo, cree en la superioridad de la moral cristiana sobre la fuerza y la violencia. Con Pedro Mártir el Nuevo Mundo se organiza según la moral medieval cristiana.

En el módulo binario de Montaigne se percibe un escepticismo integral. Montaigne lamenta las guerras de religión, especialmente las que ocurren sobre el mismo suelo francés entre católicos y calvinistas y condena a ambos (*Essais*, I, XXXI, 404). Es decir, a pesar de que su obra se escribe en plena tormenta protestante, el autor francés no quiere tomar partido y simplemente se limita a considerar esa lucha como una manifestación de fanatismo y de intolerancia. Quienes manifiestan estos vicios no pueden juzgar a otros, sin ser acusados de hipocresía. Por lo tanto su famosa defensa de los «caníbales» es parte de un

2. *Cf.* para las fuentes clásicas de este mito en los cronistas, Stelio Cro, «Las fuentes clásicas de la utopía modema...» (1977, 39-51). Para Dante cf. *Purgatorio*, XIX, versos 139-141: «Quelli ch'anticamente poetaro / l'età dell'oro e suo stato felice, / forse in Parnaso esto loco sognaro». Sigo el texto de la «Società Dantesca Italiana» (Milano, Hoepli, 1929, p. 556).

plan más amplio de condena de la civilización europea y, por el contrario, de alabanza de la civilización Inca, como ejemplo de progreso y tolerancia. Es evidente la intención moralista de Montaigne. De allí su módulo binario, en el que se condena al europeo en dos estadios: primero, con la contraposición entre los caníbales primitivos y los europeos «civilizados» y, segundo, con la contraposición entre la civilización clásica y la incaica, con un juicio favorable a la segunda. En esta estructura binaria observamos que ambos ejemplos, aún relacionados, no dependen uno de otro, sino que se estratifican para lograr un peso mayor en los argumentos del autor.

Para entender mejor el planteamiento distinto de Montaigne será oportuno compararlo con una de sus fuentes: López de Gómara.[3] Este historiador da una interpretación moral de la esclavitud de los indios, hasta que Carlos V decretó su libertad en 1531: «Justo es que los hombres que nascen libres no sean esclavos de otros hombres, especialmente saliendo de la servidumbre del diablo por el santo baptismo, y aunque la servidumbre y captiverio, por culpa y por pena, es del pecado, según declaren los santos doctores Augustín y Crisóstomo, y Dios quizá permitió la servidumbre y trabajo destas gentes de pecados para un castigo, ca menos pecó Cain contra su padre Noé que estos indios contra Dios, y fueron sus hijos y descendientes esclavos por maldición» (*Historia*, 290).

Otra diferencia entre Montaigne y López de Gómara es la explicación del origen de América. Gómara cree que el Nuevo Mundo sea la Atlántida de Platón: «Pero no hay para que disputar ni dudar de la isla Atlántida, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras» (*Historia*, 292). Esto justificaría el derecho de España al Nuevo Mundo ya que es completamente distinto del Viejo: «También se puede llamar nuevo por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro. Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera; los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, yerbas y grano de la tierra» (*Historia*, 156). Ello no obstante, Gómara insiste que los habitantes del Nuevo Mundo son también descendientes de Adán y Eva: «Empero los hombres son como nosotros, fuera del color; que de otra manera bestias y monstruos serían, y no vernían, como vienen, de Adán» (*Historia*, 156).

En Gómara se percibe una doble intención: por un lado se declara sin ambages la absoluta novedad de América, para justificar el derecho del conquistador y, por el otro, se insiste en el hecho que los indios desciendan de Adán, lo cual justifica el castigo providencial de la esclavitud. Montaigne entendió perfectamente la intención doctrinaria de Gómara, y respondió con su capítulo sobre los caníbales, donde declara que el ser diferente no significa ser bárbaro y que costumbres nuevas y foráneas no pueden juzgarse con el criterio europeo. Si los ca-

3. *Cf.* para el problema de las fuentes hispánicas de Montaigne S. Cro, «Montaigne y Pedro Mártir: las raíces del buen salvaje», *Revista de Indias*, en imprenta.

níbales no se pueden juzgar ni crueles ni bárbaros, tampoco se puede justificar su esclavitud: «Hallo (...) que no hay nada de bárbaro ni de salvaje en esa nación (...), salvo que cada uno llama bárbaro lo que no pertenece a sus costumbres: al mismo tiempo parece que no poseemos otra medida de la verdad y de la razón que el ejemplo e impresión de las opiniones y hábitos del país donde vivimos. Allí siempre están la religión perfecta, las leyes mejores, el uso perfecto e inmejorable de todas las cosas» (*Essais*, I, pp. XXXI, 395). Montaigne rechaza la justificación aducida por los cronistas españoles que el canibalismo de los indios fue una de las razones por las cuales España se adueñó de sus tierras y los esclavizó. Montaigne concluye que el canibalismo de los americanos no los hace en nada inferiores a los europeos: «Pienso que es peor comer a un hombre vivo que comérselo después que ha muerto, que es peor despedazar con toda suerte de tormentos un cuerpo aún palpitante de vida, que asarlo y adobarlo, que es peor darle en pasto a los perros y a los cerdos (como no solamente hemos leído, sino visto de fresca memoria y no entre viejos enemigos, sino entre vecinos y conciudadanos y, lo que es peor, bajo el pretexto de la piedad y de la religión), que de asarlo y comérselo después que ha muerto» (*Essais*, I, XXXI, 404). De hecho, Montaigne coloca el Nuevo Mundo fuera de la tradición bíblica y, por ende, cristiana, esa misma tradición según la cual, siguiendo a Montaigne, los españoles habían justificado, sus abusos. Al mismo tiempo esta perspectiva le permitía ver a los indios en el mismo plano de los europeos, sin apriorismos. Su crítica del «requerimiento» ilustra muy bien este nuevo enfoque. Esta crítica a la actitud del poder español que, al entrar en contacto con los indios, les advertía su inapelable obligación a obedecer al Papa y a su representante, el rey católico, so pena de ser atacados y, por ende, exterminados o esclavizados, constituye en Montaigne una separación definitiva entre el Viejo Mundo de la Biblia y el Nuevo, fuera e independiente de ella.[4] De manera que, a diferencia de Pedro Mártir, quien aún ve el Nuevo Mundo con ojos medievales y ecuménicos, Montaigne, con su relativismo filosófico, acepta el Nuevo Mundo como «otro» mundo, independiente de la tradición bíblica.

Montaigne cree que el descubrimiento del Nuevo Mundo le ofrece al historiador la evidencia tangible sobre la que fundamentar su concepto del estado ideal, como opuesto al concepto clásico fundado en la teoría y no en la experiencia, ni en la práctica. Por lo tanto, Montaigne lamenta el hecho que ni Licurgo ni Platón tuvieran la oportunidad de observar los nativos americanos porque, indudablemente, habrían modificado sus propias convicciones políticas: «Es lástima que ni Licurgo ni Platón hayan tenido [la experiencia del Nuevo Mundo], porque me parece que lo que vemos por experiencia en esas naciones supera no solamente todas las descripciones con las que la poesía ha embellecido la

4. Para las fuentes de Montaigne en su crítica al requerimiento ver Marcel BATAILLON, «Montaigne et les conquerants de l'or», *Studi Francesi*, 1959, III, pp. 353-367.

edad de oro, y todas las invenciones para fingir la existencia feliz del hombre, sino también la concepción y el mismo deseo de la filosofía. No hubieran podido imaginar una ingenuidad tan pura ni tan simple como la que vemos por experiencia (...). Esa es una nación, le diría yo a Platón, en la que no hay ningún tipo de comercio; ningún conocimiento de las letras; ninguna ciencia de números; ni siquiera el nombre de magistrado, ni de superioridad política; ningún uso de servicio, de riqueza o pobreza; ningún contrato, ninguna sucesión; ninguna repartición; ninguna ocupación, sino ociosa; ningún respeto a los padres, sino el común; ningún vestido; ninguna agricultura; ningún metal; ningún uso de vino o de trigo. Desconocidas hasta las mismas palabras que significan la mentira, la traición, la simulación, la avaricia, la envidia, la detracción, el perdón» (*Essais*, I, XXXI, 397-398). De manera que en Montaigne la necesidad de ver en el descubrimiento el comienzo de la edad moderna tiene una motivación moral, la misma que en Pedro Mártir y en Las Casas, pero con una diferencia, que la de los dos últimos es la moral medieval, mientras que en el primero es la moral moderna.

Junto con el sentido de la modernidad y su aceptación del Nuevo Mundo como «otro» mundo, Montaigne rechaza el imperialismo europeo. Con la perspectiva enunciada en los *Essais*, el mito del buen salvaje, esbozado por Colón y concebido ya claramente en el *De Orbe Novo* y en la obra de Las Casas, adquiere connotaciones polémicas e ideológicas en Montaigne,[5] constituyéndose progresivamente en esa alternativa alegórica, contra la excesiva convicción de superioridad intelectual moral y racial con que la Europa imperialista de los siglos XVI-XIX acometió la dominación de vastas regiones del mundo.

En Hackluyt convergen el sentido nacionalista moderno y el designio imperialista, características dominantes de nuestra civilización desde ese siglo fatídico. En su *The Principal navigations, Voyages et Discoveries of the English Nation, made by sea or over land to the most remote and farthest distant quarters of the earth at any time within the compass of these 1500 years*[6] Hackluyt incluye dos documentos capitales: la carta de la reina Elizabeth a Walter Ralegh, en que la reina decía: «Nosotros concedemos y garantizamos a Sir Walter Ralegh y a sus herederos para siempre plena libertad para explorar y descubrir esas tierras remotas paganas y bárbaras, que no están al presente en posesión de un príncipe cristiano o que estén pobladas por un pueblo cristiano».[7] El otro documento es la tesis de David Powel, comentador y editor-autor de la *History of*

5. No hay mención de esta relación fundamental entre Montaigne, Las Casas y Pedro Mártir en *La Conquête de l'Amèrique* (París, Éditions du Seuil, 1982) de Tzvetan Todorov. Es más, este autor nunca menciona a Montaigne en una obra que quiere juzgar la actitud del europeo del siglo XV-XVI frente al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

6. 1ª edición de Londres, 1589; 2ª edic., en tres volúmenes, en 1598, 1599 y 1600.

7. Utilizo la edición de Glasgow, 1903-1905, Vol. VIII, p. 292. Mi traducción del original inglés.

Cambria, publicada en 1584 bajo el nombre del obispo gaélico del siglo XII Caradog de Llancarvan. En la carta de la reina Elizabeth se pone en duda la donación pontificia de Alejandro VI, pues la reina inglesa se atribuye la misma autoridad del papa, justificando las conquistas inglesas de las regiones americanas y dando carta blanca a los corsarios que atacaban los navíos y las costas de la América española. De allí el interés que cobra la defensa, en la misma obra, que hace Hackluyt del pirata Drake. La *History of Cambria* contiene la tesis de Powel sobre la navegación de un príncipe gaélico, Madoc, que en 1170, desde las costas de Irlanda, habría llegado a América. Esta leyenda es tratada por Hackluyt como verdad histórica, que escribe: «El más antiguo descubrimiento de las Indias Occidentales por parte de Madoc, hijo de Owen Guyneth, príncipe de Gales del Norte» (*The Principal Navigations*, Vol. VII, pp. 133-134).

La intención apologética de Hackluyt se desprende claramente de la dedicatoria a Sir Francis Walsingham, Canciller de la reina Elizabeth, que le había encargado el trabajo: «Después que yo llegué a Francia, al séquito de Sir Edward Stafford, Embajador discreto y cuidadoso de Su Majestad, donde durante cinco años con él, en su residencia arriesgada al servicio de Su Alteza, tuve la oportunidad de escuchar de viva voz y de leer libros de las hazañas hechas por otras naciones, alabadas de forma desmedida por sus descubrimientos y navegaciones, mientras que, entre todos, los de la nación inglesa, por su seguridad flemática y continua negligencia de haber intentado hacer lo mismo, especialmente en un período tan largo de paz, se referían de manera maliciosa o se condenaban vergonzosamente. Hazañas que, de haberlas cumplido nuestros vecinos, como lo manifiestan muy a menudo, habrían suscitado otra reacción (...) De manera que al escuchar y oír el vituperio de nuestra nación y no hallando ningún inglés que pudiese responder ni capaz de consagrar para el mundo las labores industriosas y los viajes sufridos de nuestros compatriotas (...), determiné de emprender, no obstante las dificultades, el peso de un tal trabajo para el cual todos antes habían manifestado o ignorancia o falta de tiempo, o falta de argumentos, mientras que las razones verdaderas de su negativa eran el gran trabajo y la pequeña ventaja personal».[8]

Desde la publicación de las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir, entre 1503 y 1530, hasta la publicación de *The Principal Navigations* en 1598, transcurre todo el siglo. La rivalidad entre las potencias europeas se verifica sobre dos frentes: el político y el religioso. La comparación de estas tres obras nos muestra el proceso por el cual los dos frentes se unificaron determinando la división permanente del mundo moderno.

8. Dedicatoria «To the Right Honorable Sir Francis Walsingham, Knight, Principall Secretarie to her Maiestie, Chancellor of the Duchie of Lancaster, and one of her Maiesties most honourable Privie Councell». He utilizado la edición de Cambridge University Press, 1965, que reproduce *The Principall Navigations*, 1589, pp. 2-3. Mi traducción del original inglés.

BIBLIOGRAFÍA

ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*. Traducción del latín del Dr. Agustín Millares Carlo. Estudio y apéndice por el Dr. Edmundo O'Gorman. México, 1964, Tomo I.

— *Décadas del Nuevo Mundo*. México, 1965, Tomo I.

BATAILLON, Marcel: «Montaigne et les conquerants de l'or». En *Studi Francesi*. III, 1959, 353-367.

CRO, Stelio: «Las fuentes clásicas de la utopía moderna: el Buen Salvaje y las Islas Felices en la historiografía indiana». En *Anales de Literatura Iberoamericana*, 6, 1977, 39-51.

— *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana (1492-1862)*. Troy/Madrid, 1983.

GÓMARA, Francisco LÓPEZ DE: *Historia general de las Indias*. En *Historiadores primitivos de Indias*. Ed. de Don Enrique de Vedia. Vol. I. Madrid, 1983.

HACKLUYT, Richard: *The Principal Navigations, Voyages and Discoveries of the English Nation*. Glasgow, 1903-05.

— *The Principal Navigations...*, Cambridge, 1965,

MONTAIGNE, Michel DE: *Les Essais de Michel de Montaigne*. Édition par Pierre Villey. París, 1930.

TODOROV, Tzvetan: *La conquête de l'Amerique*. París, 1982.